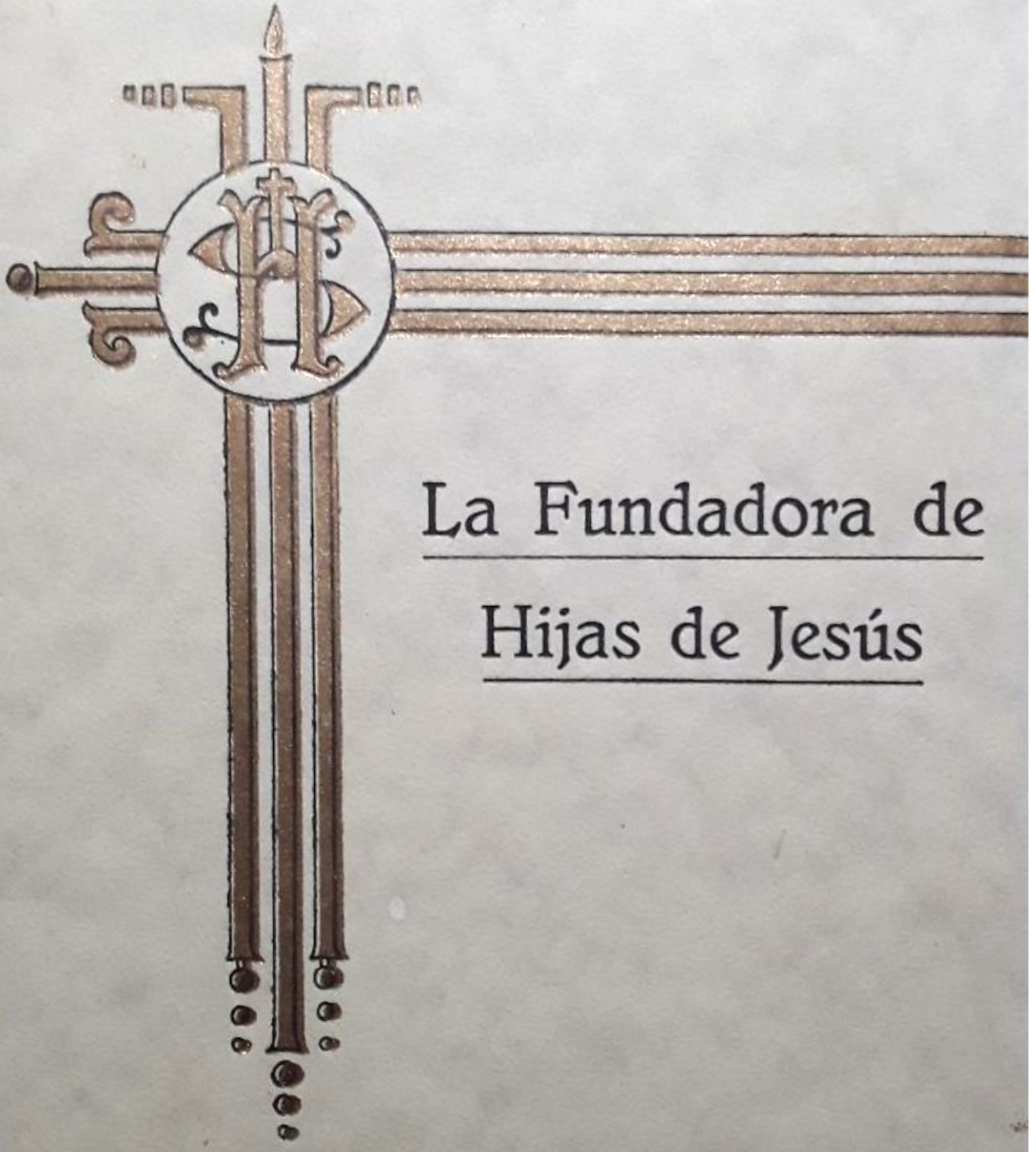


# La Fundadora de Hijas de Jesús




Reverendísima Madre

# Cándida María de Jesús

Fundadora del

Instituto Hijas de Jesús

# La Rvdma. M. Cándida María de Jesús

## FUNDADORA DE LAS HIJAS DE JESÚS

(1845 1912)




Costumbre es de Dios (como lo indica el apóstol San Pablo) escoger instrumentos insuficientes a los ojos del mundo, para llevar a cabo las grandes empresas de su gloria. Esta biografía será una prueba más de verdad tan conocida. Para fundar un Instituto de Enseñanza, que en pocos años tanto se ha extendido y acreditado, como las Hijas de Jesús, no escogió a una doctora, que cursara en universidades, ni siquiera a una maestra elemental, ni a una señora de alta posición y educación literaria esmerada: sino a una pobre y sencilla artesana vasca, que apenas llegó a dominar el castellano, a juzgar por sus escasos escritos, de instrucción escasísima, de talento no muy extraordinario, de carácter naturalmente cobarde; aunque educada por la gracia llegó a hacerse escuchar como maestra espiritual, aun entre sacerdotes y prelados, a tratar dignamente con aristó-

cratas y reyes y a formarse un alma grande y valerosa, que tomando por jaculatoria el grito de guerra de los cruzados, marchaba intrépida repitiendo: «Dios lo quiere», por los caminos que le trazaba el Señor.

Tal fué la M. Cándida María de Jesús, que se llamó en el bautismo Juana Josefa Cipitria y Barriola. Nació en Andoain, pintoresca villa guipuzcoana; su padre se llamaba Juan Miguel, su madre María Jesús: cristiano y honrado matrimonio que el Señor bendijo con numerosa prole femenina. Los padres de Juana tenían oficio de tejedores; y aunque no abundaban en bienes de fortuna, con su honradez y sobriedad, podían educar con decoro a sus hijas.

Ya en la infancia de Juana, se notó que el cielo velaba por la niña preservándola maravillosamente de varios peligros. Desde los cuatro años (dejó notado ella misma) recordaba haber sentido devoción a la Santísima Virgen. En 1851 se trasladó a Tolosa, donde comenzó a dirigirse en la vida espiritual con el fervoroso sacerdote D. Martín Barriola; y no sin dificultad obtuvo de él la gracia, rara entonces, de comulgar todos los días. «Desde pequeña (dice don Martín), no acertaba a hablar ante toda clase de personas sin el menor respeto humano, más que de la contemplación y de las cosas celestiales con espíritu sencillo; si bien las señoritas daban una interpretación siniestra a su doctrina celestial, tratándola de rara, y hasta de orgullosa; pero ella tanto caso hacía de las alabanzas como de los desprecios. Temiendo yo que pudiera ocultarse sutilmente algún espíritu de presunción diabólica, la decía con mucha frecuencia: No está la perfección en la contemplación, sino en el espíritu de abnegación y humillación verdadera ante Dios y por Dios; peligrosillo es hablar de cosas tan altas con cierta especie de satisfacción interior, que es el veneno de todas las buenas obras; pero la experiencia acreditó

que el Espíritu Santo le daba esa fortaleza, o ese ánimo más que varonil».

Al ver la estatua de San Ignacio de Loyola con el libro de las Constituciones de la Compañía en la mano, como está en la iglesia de Tolosa, solía decirle al Santo la niña Juana: «Yo quiero hacer todo lo que tú dices en ese libro». Con tales sentimientos la preparaba Dios para lo que andando el tiempo había de hacer.

Durante los años de su juventud hubo de luchar con sus padres, que deseaban darle estado de matrimonio. Con la esperanza de apartarle de la vocación religiosa consintieron gustosos en que partiera a Burgos para entrar al servicio de la cristiana familia Sabater, que la recibió más que como sirviente como hija de la casa. En compañía de esta misma familia se trasladó Juana algunos años más tarde a Valladolid, donde había de orientarse su vocación de fundadora, bajo la dirección del P. Miguel San José Herranz, S. J.

La vida de la joven vasca en la casa Sabater fué siempre edificantísima, por su piedad ingenua, su paciencia en sufrir las molestias de los niños y criados, su entereza en no permitir la más leve falta de recato (hasta dar un bofetón a un criado, que se permitió tocarla), su caridad con los pobres (a quienes daba cuanto tenía), sus ásperas penitencias en cuanto su director se las permitía.

Personas de esta familia, que íntimamente trataron a Juana, dicen que ya en esta época hizo maravillas, como multiplicar los alimentos que preparaba para los pobres, descubrió alguna vez los secretos de los corazones, obtuvo conversiones de pecadores, y la sorprendieron orando en rincones ocultos, al parecer en éxtasis.

En Valladolid y orando en la iglesia, que llaman del Rosarillo, tuvo clara inspiración divina de fundar el ins-

tituto de las Hijas de Jesús. Así lo testificó repetidas veces ella misma.

«El 2 de abril de 1869 creyó oir en su interior una voz que se le figuró era la voz de la Virgen Santísima y le decía: «Cómo quería Ella que fundara una Congregación a la que pondría por nombre Hijas de Jesús, y que toda ella se debía consagrar a la educación de la niñez y juventud femenina en los sanos principios de la Religión Católica». Además le pareció oir de la Virgen este otro mandato: «En la religión tu nombre será Cándida María de Jesús». Al oir esto, interiormente parece que replicó diciendo: «María de Jesús, sí; Cándida, no». ¿De dónde pudo provenir esta interior resistencia a llamarse Cándida? Nos lo refiere la misma interesada».

«Había en su pueblo natal un hombre que tenía el vicio de la embriaguez y se llamaba Cándido. Juana-Josefa en su inconcebible sencillez creía que todos los que tenían este nombre eran malos, borrachos, como el de su pueblo, y ella deseaba no ser así, sino buena. Mas a su sencilla réplica volvió a insistir la voz, que decía: «Cándida María de Jesús quiero que te llames, hija mía». Estas aseveraciones, esto es, la del nombre, y el mandato de que fundara la Congregación con el nombre de Hijas de Jesús, las repitió muchas veces delante de varias hermanas y otros testigos, y últimamente el 16 de febrero de 1908. Su director espiritual, P. Herranz, interrogado varias veces sobre ello, asintió siempre del mismo modo a estas aseveraciones» (1).

Aunque le repugnara el nombre de Cándida era sin duda el que le cuadraba mejor, pues era pura, sencilla y candorosa hasta el punto de excitar la hilaridad de los

(1) Reseña Histórica.—La R. M. Cándida M. de Jesús, por el P. Sandalio García Alcalde, S. J.

que la trataban a los veinticuatro años, por ignorar las cosas más corrientes de la vida. Apenas sabía hablar el castellano, mucho menos escribir, cuando Dios la llamaba para fundar una congregación dedicada a la enseñanza.

El P. Herranz, que hacía tiempo meditaba un plan semejante, después de bien asegurado con larga prueba del espíritu que movía a Juana, se aplicó muy de veras a ayudarla a llevar a cabo tan ardua empresa. La Providencia, que suavemente disponía las cosas le facilitó el modo de cooperar a esta obra. Dispersa entonces la Compañía de Jesús en España, por obra de la revolución de 1868, vivía este padre en Valladolid, en el seno de su familia, amistosamente relacionada con la de Sabater. Libre, pues, de los impedimentos, que le habría puesto la observancia regular en tiempos normales, pudo dedicar todos los días algún rato a instruir a Juana en los conocimientos más necesarios, al mismo tiempo que completaba su formación espiritual. En pocos meses, gracias al buen talento de Juana, y quizá más a la especial ayuda de Dios, logró instruirla en caligrafía, aritmética y aun en el latín suficiente para rezar bien el Oficio Parvo.

Volvió Juana por algún tiempo a su casa de Tolosa para recabar de sus padres el permiso de entrar en religión, aunque nada les dijo de su proyecto de fundar. Halló la misma o mayor oposición que antes; pero un repentino ataque privó a su padre del sentido y le hizo mudar de parecer. Al volver en sí, lo primero que dijo fué: «Vete, hija, a donde Dios te llama».

Volvió, pues, nuestra fundadora a Valladolid, para preparar el camino a la fundación, que comenzó en Salamanca. De acuerdo con el prelado, Sr. Lluch, y con el P. Bombardó, S. J., Rector del Seminario, se había

buscado una casita, donde se instaló con cinco compañeras el día de la Inmaculada del año 1871.

Bajo la dirección del P. Herranz, que residía ya entonces en Salamanca, completaron su formación religiosa y literaria la M. Cándida, sus cinco súbditas y las que poco después se fueron agregando. Pero antes de hacer los primeros votos las primeras novicias, hubo de partir de Salamanca el P. Herranz, y apenas logró verle en el resto de su vida la M. Cándida, sino por breves horas, ni aún le fué fácil durante mucho tiempo la comunicación por cartas. Poco después la revolución obligó también a salir de Salamanca a los demás padres de la Compañía. Pero la M. Cándida, con el auxilio de Dios y con muy pocos recursos humanos, llevó adelante su obra, bajo la dirección de sus prelados y de algunos sacerdotes insignes, casi todos después obispos, como los señores García (don Antonio), Martínez Izquierdo, Almaraz y Barberá.

Entre tanto, no sin grandes apuros económicos, había logrado la M. Cándida trasladar a sus hijas a una casa más amplia, donde abrieron su primer colegio y sus escuelas dominicales, en medio de la tormenta revolucionaria, que les ocasionó hartos sufrimientos y peligros.

Serenada la tormenta y aumentado el número de las Hijas de Jesús, fué fundando la M. Cándida nuevos colegios en Peñaranda, Segovia, El Espinar, Coca, Medina del Campo, Tolosa y Pitillas. Adquirió otra casa para el noviciado en Salamanca y envió una expedición al Brasil, donde en pocos años han logrado fundar sus hijas seis colegios y un noviciado.

El Instituto fundado por la M. Cándida debía asimilarse en lo posible a la Compañía de Jesús. Según las instrucciones recibidas del P. Herranz y las luces que en la oración se le comunicaban, iba la M. Cándida escri-

biendo sus Constituciones. Pero, aunque realmente logró infiltrar en ellas el espíritu de la Compañía de Jesús, no pudo adaptarlas en todos los pormenores que deseaba a las Constituciones de S. Ignacio; porque las recientes normas para la aprobación de nuevos institutos no se lo permitían. Fué preciso modificar las primeras reglas, aprobadas por el Ilmo. Sr. Lluch, bajo la dirección del Ilmo. P. Cámara: y aún había que hacer más reformas para presentarlas en Roma a la aprobación apostólica. Con el fin de trabajar personalmente para que se conservara lo más posible de sus reglas ignacianas, la M. Cándida partió a Roma en 1902. No logró la dicha que anhelaba de hablar con León XIII, y halló en cambio no pocas ocasiones de ejercitar su humildad, paciencia y obediencia, hasta que logró el decreto de aprobación, dado por el Papa en este año.

En cambio pudo satisfacer su devoción visitando con gran fervor los santuarios de Roma y los del Pilar, Lourdes y Loreto. «Cuando fué a Roma (escribe una de sus antiguas hijas) con el fin de que le aprobaran las Reglas, tuvo que sostenerse muy fuerte para que no introdujeran en ellas modificaciones ajenas al espíritu de la misma, y sólo ella, su Dios y Madre Purísima saben cuanto debió de costarla. Pero allí también en medio del sufrir la regalaron sus dos amores, Jesús y María, pues tuvo la dicha de barrer la casita de Nazaret que lo hizo de rodillas y regándola con amorosas lágrimas, ella que tantas veces la oímos decir, cuánto deseaba haber sido la esclavita, la criadita de la Virgen. Era de ver cuando nos lo contaba a su regreso bañada en dulces lágrimas, cómo recordaba lo que por ella debió de pasar, y cuán al vivo lo reseñaba todo, aquellas paredes... aquel suelo que las virginales plantas de Jesús, María y José habían pisado y en el que ella podía estampar cuantos besos

quisiera... ¡Cómo se encendía aquel volcán de su amante corazón y cómo deseábamos nos abrasara en él!

¡Cuánto deseaba haber tenido allí a todas sus hijas! Aquella escudilla... Cuando empezaba, no era dueña de sí. ¡Nos decía tales cosas!

Grandes trabajos hubo de sufrir la fundadora hasta llevar a cabo su empresa: ya por las contradicciones y defecciones de algunas de sus hijas; ya por el carácter extraño de algunos de los fundadores de sus colegios; ya por sus frecuentes enfermedades; ya sobre todo por las dificultades económicas.

Llena de confianza en Dios y movida a lo que parece por el Espíritu Santo, acometió algunas fundaciones, en especial la de Tolosa, contra los consejos de la prudencia humana, con lo que necesariamente hubo de experimentar contradicciones, no sólo de las gentes del mundo, sino aun de personas espirituales para ella muy estimadas.

Todas estas dificultades sirvieron para hacer brillar soberanamente la humildad, paciencia, magnanimidad y confianza de la M. Cándida M.ª de Jesús. En su carácter como en sus empresas, tuvo no poca semejanza con Santa Teresa de Jesús, a quien tomó por modelo y tuvo devoción entrañable. Hasta en el aspecto dicen que se le parecía, especialmente alguna vez que por devota recreación se vistió el hábito carmelitano. Se asemejaba en especial a su patrona en el trato jovial y cariñoso, en especial con sus hijas y colegialas. No se desdeñaba de tocar la pandereta en las recreaciones de Navidad y gustaba de dar inocentes *pegas*.

Era sin embargo muy entera en exigir la observancia regular y muy digna en su trato. La Infanta Isabel, que trató íntimamente con ella decía que sabía tratar con personas reales. Igualmente se granjeó la estima de

varios prelados que la conocieron; y alguno de ellos la hizo platicar en su presencia a otra comunidad religiosa, escuchándola con veneración.

De su vida interior sabemos muy poco; pues no se conservan sus cartas de dirección y sólo unas cuatro páginas de apuntes espirituales. Y aunque se conservan muchas cartas que la dirigió el P. Herranz, son más bien relativas a la dirección de la congregación y sólo oscuramente toca en ellas algún punto de conciencia, pues temía no sin razón que cayeran en ajenas manos. Bastan estas cartas, sin embargo, para dar a entender que recibía la M. Cándida favores extraordinarios; y que su Director estaba muy cierto de que el Espíritu Santo la guiaba.

Durante muchos años sabemos que fueron frecuentes sus éxtasis; pues aunque tomaba muchas precauciones para ocultarlos, buscando para orar los más apartados rincones, era muchas veces sorprendida por sus hijas, que curiosamente la buscaban. Disminuyeron o desaparecieron estas exterioridades en los últimos años, en los que sin duda tendría oración más alta, aunque no hay datos para averiguar a qué grado llegó.

Consta también por testimonio suyo y de las personas que la conocieron que fué muy perseguida de los demonios. Molestáronla muchas veces con ruidos y apariciones, tomando la forma de diversos animales. Aparecíanle especialmente en la cama repugnantes sabandijas, a lo que parece para impedirle la obediencia, que le obligaba a dormir en ella; pero jamás el miedo o el asco la hicieron desistir.

Muchas de sus hijas testificaron por escrito y otras que viven recuerdan aún, que la M. Cándida penetraba los secretos de sus conciencias y a veces predecía sucesos, que puntualmente se han realizado.

Parece también indudable, según afirman testigos

presenciales, que alguna vez multiplicó el dinero, los alimentos, la seda y los galones con que trabajaban sus hijas. Curó con sólo tocarlo un grano, que no habían podido sanar las medicinas, e hizo otras maravillas aún mayores, que si se hallan suficientes testimonios, se darán a conocer en la biografía extensa que preparamos.

La misma M. Cándida en carta a su íntima amiga la Marquesa de Castellanos da testimonio de cómo oyendo blasfemar contra la Santísima Virgen al infeliz padre de una niña que creían difunta y le estaban construyendo el ataúd, encomendó muy de veras a Nuestra Señora la salud de aquella pequeñuela, que al día siguiente revivió. Poco después, aunque los médicos la dieron de nuevo por desahuciada, logró la niña cumplida salud. Los tres doctores que la habían reconocido tuvieron el caso por milagroso.

Canónicamente elegida Superiora general en 1905, conforme a las constituciones, estuvo al frente del Instituto hasta su muerte la fundadora, cada vez más amada y venerada por sus hijas. Mucho tiempo antes había predicho su próximo fin. Repentinamente le sobrevino una congestión, estando en el refectorio del colegio de Salamanca, y llevada al recibidor por no poder subirla a otro aposento, allí con suma paz se despidió de sus hijas y de sus confesores.

Vino entre otros a visitarla el P. Munárriz, S. J., y le preguntó si se le ofrecía algo.—Nada, padre mío, responde.

—¿Tiene la conciencia tranquila? — Tranquilísimamente tranquila; sin embargo, écheme la absolución, porque cuanto más recibamos esto, mejor.

Así, «tranquilísimamente tranquila» recibió también los Sacramentos, y entregó su alma al Señor el 9 de agosto de 1912.

Escribió un amplio compendio de su vida el P. San-

dalio García Alcalde, S. J., que desde joven tuvo la dicha de tratar con ella; pero preparaba una biografía completa, que no pudo comenzar a escribir. Y es sin duda necesaria, pues aunque el compendio sea muy completo en cuanto a la narración de la vida externa, apenas tiene datos sobre la vida interior. Vamos nosotros, si Dios nos ayuda, a escribir esta biografía más completa; y con este brevísimo resumen nos hemos propuesto no sólo la edificación de los lectores, sino también informar de nuestro plan a los que tengan datos acaso no conocidos y suplicarles que nos los faciliten, para que Dios sea glorificado en su sierva.

NAZARIO PÉREZ, S. J.

# Súplica a la Santísima Trinidad

¡Oh Santísima Trinidad! ¡Por el amor tan grande que os tuvo vuestra sierva Cándida María de Jesús y por el celo con que trabajó y se sacrificó en llevar gran número de almas al conocimiento y amor de Jesús y de nuestra Inmaculada Madre, os suplicamos, si es para gloria vuestra y santificación de las almas, que pronto brille en su frente pura la aureola de los bienaventurados, y así como abrasásteis su alma con los tres amores que absorbieron toda su vida (vuestro sublime Misterio, la Eucaristía y la Inmaculada), así también os amemos y trabajemos como ella os amó y trabajó por las almas.

«Con censura eclesiástica»

Salamanca.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.